

—Para todos hay, muchachos—decía la tía Colasa á los que acababan de recibirla con diabólica gritería.

Esta gritería, aunque producida por el hambre, era á la sazón hija del buen humor.

—Tía Colasa, la cebolla mas gorda para mi..... ya sabe usted que yo la requiero... y que siempre me ha hecho tilin ese aire de taco.

—Toma, camastron... no dirás que no te sirvo á gusto—contestó la tía Colasa al que la camelaba de tal guisa, tirándole efectivamente una cebolla monstruosa que el otro cogió en el aire con destreza, y empezó á dar saltos de alegría.

—Eso no es lo rigular, señá Colasa—gritó un jóven muy alto, cuyos brazos á guisa de aspás de molino estaban siempre en continuo movimiento.—¿Por qué ha de ser Manolo el perferio?

—Cállate esa boca, *Estartalao*—dijo la vieja—y toma tu racion.

—¿Misté que cebolla me dá!

—¿Qué tiene esa cebolla? En tu vida la has comido mas fresca ni mas rica.

—Pero no es tan gorda como la de Manolo, y todo eso no sucedería sino fuera tan bragazas el tío Blas.

—¿Bragazas mi pariente!

—Ya se vé que sí... qué á todo hace la vista gorda... y entretanto no se duerme en las pajas Manolillo.

—Cállate, mala lengua—repuso la vieja haciendo una mueca espantosa al esforzarse por sonreír con coquetería.

—¿Esas tenemos, tía Colasa?—preguntó otro entre generales risotadas.

—Sí, señores—dijo Manolo abrazando á la vieja que habia ya

CAPITULO XVII.

MORALIDAD Y POBREZA.

Uno de esos hermosos dias de invierno en que los rayos del sol templan la crudeza del frio y hacen agradable el paseo por las arboledas que circuyen la coronada villa, cuando ya la naturaleza fertiliza los gérmenes de animacion, de vida, de riqueza, que han de desarrollar en breve las frondosas galas de la primavera encantadora, un respetable anciano caminaba meditabundo por las márgenes del Manzanares.

Al pasar por frente de una de las miserables casuchas donde suelen mitigar el hambre las pobres lavanderas con alimentos malos, vió que cierta mujer de avanzada edad repartía unas cebollas y mendrugos de pan á multitud de hombres andrajosos, que recibían aquel socorro con avidez verdaderamente canina.

Rodeaban á la vieja con inaudita algazara, á la manera que aullan los perros en torno del cazador cuando este les reparte el alimento.

repartido toda la provision—la tia Colasa es la reina de mis pensamientos.

Aquí subió de punto la hilaridad y fueron tan estrepitosas las carcajadas, que saliendo de su *basto* establecimiento, el tio Blas, preguntó con el imperio del señor de aquellos dominios:

—¿Qué alboroto es este, caballeros?

Y los *caballeros* de á pié no se atrevían á responder; pero todos se mordían los lábios de risa.

—Dímelo tú, Colasa, ¿qué significa esa risa?

—Que son unos locos.

Y sonriéndose la vieja, se hizo crujir una tras otra las coyunturas de los cinco dedos de su mano derecha.

—Eso ya lo veo ¿pero por qué tanta gritería?

—Porque Manolo me ha echado un requiebro.

—¡Ave María Purísima! ¿A tí?

—¿Y por qué no?—repuso la vieja como agraviada por el desprecio de su marido, haciéndose crujir los dedos de la mano izquierda.

—Porque eres una vieja tarasca—respondió el tio Blas con toda la espresion del convencimiento.

La franqueza del marido fué acogida con los mismos bravos, palmadas y gritos de entusiasmo que se prodigan á un gorgorito de la *prima donna* en el teatro de Oriente, llamado por mal nombre *real*.

—Pues no decias eso la otra noche—esclamó la tia Colasa.

—¡Hola! ¡hola!—gritaron todos.—Con que la otra noche...

—¿Y qué hizo esa noche?—preguntó un curioso impertinente.

—¿Qué hizo?... Lo que queria hacer Manolo—respondió la tia Colasa meciendo las caderas.

Y —¿Y qué queria hacer Manolo?—preguntó á su vez el tio Blas.

—Yo no lo sé—respondió la vieja—pero el encomienzo....

—Y otra vez se hizo crujir los dedos.

—¿Y qué encomienzo ha sido ese?...—esclamó impaciente el viejo.

—Me ha dado un abrazo—dijo la vieja volviendo los ojos en blanco, y meciéndose otra vez.

—¿De veras?—gritó como fuera de sí el marido.

—Como lo oyes.

—¡Un abrazo! ¡un abrazo!...—repetía á gritos el tio Blas.

—Un abrazo.

Y santiguándose el marido, añadió con desdenosa flema:

—Pues te digo que se necesita estómago.

La risa y la chacota llegaron en este momento á un extremo indefinible, y no sabemos cuál hubiera sido el término de tan estrepitosa algazara, si la aproximacion del hombre meditabundo de quien hemos hablado al principiar este capítulo, no hubiera escitado cierta emocion de respeto en aquellas pobres gentes, que de repente guardaron profundo silencio, y volviendo la cara con el sombrero en la mano recibieron agradablemente al recién-llegado.

—Parece que hay buen humor, muchachos—les dijo el respetable viejo con fraternal amabilidad.

—Lo que es buen humor—respondió uno de los circunstantes—nunca falta gracias á Dios... es lo único bueno que tenemos de sobra. Ya se vé, cuando la conciencia está tranquila...

—¿Y os parece poca ventaja esa?

—Del mal el menos, como suele decirse; pero la procesion anda por dentro de la iglesia, señor don Anselmo, y al fin y al ca-

bo, después de lo uno viene lo otro... me entiende su merced? Y si ahora... vamos al decir... se echa uno los trabajos á la espalda, y come un mal pedazo de pan en buena compañía y alegría, luego vienen las angustias en casa... que todos son apuros.

—Ya, si venís á gastaros el jornal en francachelas...—repuso en tono festivo el arquitecto Godinez, que era la persona recién llegada, y conocía á todos aquellos infelices por haberles proporcionado ocupacion muchas veces.

—¿A gastarnos el jornal en francachelas, dice su merced?

—Como os veo comiendo con tanta algazara...

—Una mala cebolla y unos mendrugos de pan seco que la tia Colasa nos da... en cambio de algunos cuartos, se entiende.

—Pues bien, ¿y de dónde sacais esos cuartos?

—Mire usted, señor don Anselmo, algunos de nosotros tenemos aquí á nuestras parientas lavando en el rio. Quien tiene una hermana, quien su mujer, quien su hija... y nos venimos acompañándolas con los lios de la ropa, y si habian de dar un par de cuartos á un gallego, nos los ganamos nosotros... y tan campan-tes. Con una cebolla y un pedazo de pan tenemos para pasar el dia.

—¿Luego su correspondiente trago de vino ó aguardiente, verdad?

—Como no sea aguardiente de ranas...

—¿Con que tampoco hay para echar un trago?

—Nada, señor, están los tiempos muy malos, y si Dios no lo remedia...

—¿Qué mas Dios que el señor don Anselmo?—alegó otro de aquellos infelices.—Si su merced quisiera, fácil le sería darnos ocupacion.

—Amigos míos, ahora no se acuerda nadie de mí, esceptuando alguno que otro particular; pero en las pocas obras que dirijo hay jornaleros de sobra. En cuanto al gobierno, como ya sabeis vosotros que soy muy liberal, solo se acuerda de mí para meterme en la cárcel ó mandarme á Manila.

—Bien dice mi mujer—esclamó otro que habia guardado silencio hasta entonces.

—¿Qué dice tu mujer?—preguntó Godinez.

—Que todos los que mandan son una chusma de ladrones.

—No anda muy desacertada en eso.

—¿Verdad que sí, señor don Anselmo?

—Pero vosotros sois los que menos debierais quejaros... al fin y al cabo se hacen ferro-carriles... luego los derribos de la Puerta del Sol... Todo eso ocupa muchos brazos, y estoy aturdido de ver que el trabajo os falte. ¿Por qué no os presentais todos juntos al conde de San Luis?

—Si fuera para darle un trancazo...

—¡Pobre mozo!—replicó riendo el viejo Godinez—¿pues qué mal os ha hecho?

—Él tiene la culpa de todas las desgracias de España.

—Otros hay tan malos ó peores que él—dijo Manolo.

—Todos los que gobiernan en el dia—añadió otro—son lobos de una misma camada.

—Y la loba es peor que los lobos—repuso Manolo.

—¡La loba!—dijo Godinez.

—¿Pues no es peor que una loba María Cristina?

—¡Esa! ¡esa!—gritaron todos con indignacion.—¡Esa es la causa de todos los males de España.

—Por ella ha subido el pan.

—Y el vino.

—¿Cómo así?—preguntó don Anselmo.

—¡Toma! como que ha comprado todo el trigo y todo el vino que ha podido para mandarlo allá donde se pelean los franchutes con los rusos. Y lo peor de todo es que hace sus negocios con los millones robados al pueblo español. De todo tiene la culpa narizotas.

—¿Quién es ese narizotas?—preguntó Godinez.

—Fernando séptimo, que se fué á casar con una italiana, como si no hubiera mujeres en España! Así salió ello... que no llevó malos pitones... ¡Siempre han de venir los extranjeros á quitarnos el pan y la honra! No, pues como se tocase á degollina, no habia de quedarse en zaga el nieto de mi abuela.

—Pues dicen que está para reventar la mina. Parece que la tropa tampoco está contenta.

—Entre tanto siguen los que mandan recogiendo millones, y emborrachándose en sus palacios... ¡Vaya una ley la que rige!

—¡Toma, la del embudo!

—Ya se vé que sí. Anda tú, y roba una sardina á la tia Colasa.

—¡Dios me libre! primero me caeré muerto de hambre.

—Es un suponer... verás que pronto te mandan á presidio, si no te aprietan la nuca. Y esos señores que mandan roban millones sobre millones y el pueblo tiene que sufrirlo y callar. ¿Y para qué querrán tanto dinero?

—Claro está, para tener muchos coches y caballos, y lacayos, y dar muchos bailes, y vestir con lujo á sus queridas, y beber buenos vinos y comer ricos manjares en platos de oro...

—¡Bah, bah!... ¿A que no comen ellos sus perdices en pla-

tos de oro con tanto gusto como nosotros estas cebollas?

—A buen seguro,—respondieron todos.

—¿Y sabeis por qué, hijos míos?—objetó don Anselmo.—Porque vosotros teneis la conciencia tranquila, y ellos, en medio de sus placeres, viven agitados no solo por los remordimientos, sino por mil pasiones bastardas que les hacen infelices. Nunca ven saciada su ambicion ni su codicia; y un deseo ardiente de poseer mas y de verse á mayor altura, consume de continuo su corazon. Ellos son desdichados en medio de cuanto ha inventado el orgullo para fascinar al hombre y rodearle de materiales goces, y vosotros en la indigencia os consolais con vuestro buen humor, como estabais haciendo cuando yo he llegado. Seguid, hijos míos, albergando en vuestros corazones los mismos sentimientos de moralidad, y nunca os faltará Dios.

—Nosotros queremos trabajar... damos todos los pasos imaginables en busca de trabajo, pero no se nos proporciona... ¿y si esto sigue así, hemos de ver morir de hambre á nuestros hijos?

—Debeis resignaros á todo, antes que cometer una mala accion para remediar vuestra pobreza. Hijos míos, Dios me envia para socorremos... Mañana á las nueve de ella os presentareis en mi casa y aunque mas bien me sobra gente para las obras que dirijo, como os he dicho antes, veré de colocaros de cualquier modo que sea.

—¡Viva nuestro protector!

—¡Viva nuestro padre!

Estos gritos fueron repetidos con entusiasmo por aquellos honrados menesterosos.

—Ahora reunis aquí á vuestras familias, y la señora Colasa os dará una buena comida.—Y dirigiéndose á la vieja, añadió:—¿Sabe usted donde vivo?

—Lo sabemos nosotros—respondieron algunos.

—Pues bien, da usted una buena cazuela de callos á estos amigos de la manera que saben ustedes condimentarlos por aquí, sin escasear nada para que salgan sabrosos. Completa usted la comida con huevos ó bacalao etc., lo que mas les guste, y un vaso de vino y un pan á cada uno. Sus mujeres, hijas ó hermanas que están lavando, entran tambien en este convite que yo pago, y mañana ó esta tarde me trae usted á mi casa la cuenta. ¿Necesita usted algo anticipado?

—¡Quiere usted callar!—dijo la tia Colasa en ademan complaciente.

—Todo lo que hay en nuestro establecimiento está á la disposicion de usted, señorito—añadió el tio Blas.

Es muy comun en Madrid entre la honrada gente del pueblo, llamar *señoritos* á los viejos cuando tratan de halagarles.

Renunciamos á describir el júbilo que las palabras consoladoras de don Anselmo causaron en aquella reunion de pobres jornaleros.

Despidieron á su protector victoreándole con lágrimas en los ojos, y apenas le perdieron de vista, comenzaron á dar gritos para llamar á sus parientas, que sabido el objeto de semejante alboroto no tardaron en presentarse y aumentarlo con sus estrepitosas demostraciones de alegría.

Acababan de dar las doce del dia cuando el tio Blas y su cara consorte sacaron de su establecimiento una mesa en cuyo centro humeaba la apetecida cazuela de los callos, cazuela que por su extraordinario volumen tenia honores de barreño, y destellaba por todos lados cierta fragancia agradable, capaz de escitar el apetito al convidado de piedra.

Colocado aquel alimenticio objeto de la general ansiedad, deba-

jo de un emparrado donde habia varios bancos y sillas, agitó el tio Blas un cucharon que llevaba en la diestra á guisa de tambor mayor, y con su característica gravedad, exclamó:

—Sentarse todo el mundo.

—¿Para qué quiere usted que nos sentemos?—dijo una jóven bastante agraciada á no haber tenido el defecto de ser bizca, por cuya circunstancia se la conocia por el apodo de *la del guiño*.—Estamos bien de pié.

—Tiene razon *la del guiño*—añadió una mujercilla de unos treinta y cinco años, á quien por su corta estatura y genio vivo y bullicioso, apellidaban *la Rata*.—De pié, de pié que cabe mas comida en el cuerpo.

—Pues para llenar el tuyo, Rata, poca provision se necesita—objetó Manolo.—Nada, nada, lo mejor es que cada cual coma del modo que se le antoje.

—Tú siempre has de meterte en camisa de once varas—replicó el tio Blas con enojo.—Mira que no soy tan zanguango como te figuras, y si se me atufan las narices..... me las vas á pagar todas de una vez.

—No sea usted atroz, mi amo—replicó Manolo—y eche usted buenas porciones á cada prógimo. Yo no sé por qué se ha de tomar usted esa molestia; ¿no valdria mas que repartiera eso la tia Colasa? Vamos, tia Colasilla, empuñe usted el cucharon... siquiera para llenar mi plato.

—Como no te calles, te bautizo con la salsa de los callos—replicó el viejo entre generales carcajadas.—¡Ea! sentarse todo el mundo, y Colasa irá dando á cada cual su parte conforme yo vaya llenando los platos. Después hace cada uno de su capa un sayo y se lo come de pié, sentado ó tendido si bien le parece.

— Sentarse, sentarse todos—dijeron algunas voces.

Y todos tomaron asiento.

El grave dueño de la casa fué llenando platos, y su digna consorte los iba repartiendo, dando un panecillo á cada circunstante.

Cuando llegó el turno á Manolo, dijo este con socarronería:

— ¡Jesus! y que tufillo tan delicioso arroja el condimento. ¿A que adivino las manos que han andado en ello? ¿Verdad que es cosa de usted este guiso, tia Colasa?

— Ya se vé que sí—respondió la vieja meciéndose de caderas como tenia de costumbre, y haciendo crujir los dedos de la mano derecha.

— ¡Si tiene usted gracia para todo!

— ¿De veras, eh?—y los dedos de su zurda sonaron como unas castañuelas.

— Tengamos la fiesta en paz—gritó el marido dirigiendo una grave mirada á Manolo.

— ¡Ay, tio Blas! ¡qué dichoso es usted!.....—y al engullirse un trozo de callo, lo arrojó de la boca gritando:— ¡Que me he quemado, cogollo!

— Me alegre—dijo el tio Blas entre las risas de todos, y añadió en tono de sentencia:— Eso le sucede á todo gato goloso.

El chiste del viejo fué comprendido y aplaudido con estrépito por toda aquella brillante concurrencia.

Así que todos tuvieron su correspondiente racion, hubo algunos momentos de sepulcral silencio, que solo era interrumpido por el rumor de los resoplidos y sorbos que acompañaban la general masticacion.

Solo de vez en cuando se oia alguna palabra que llenaba de orgullo á la dueña del ya acreditado establecimiento.

— ¡Qué buenos están!

— ¡Y como pican los indinos!

— ¡Vaya unos callos sabrosos!

— ¡Qué ricos!

Estas palabras, hijas del entusiasmo estomacal, eran laureles inmarcesibles que coronaban las arrugadas sienes de la tia Colasa, en galardón de su envidiable habilidad culinaria.

— Si no me dá usted vino, prenda mia—dijo el atrevido Manolo á la afortunada vieja—no puedo proseguir, porque entre el escozor de la guindilla y la quemadura de enantes, tengo la lengua desollada.

— Así fuera cierto—dijo el tio Blas.

— No sea usted atroz, y mande que me den vino.

— Saca la jarra—dijo á la tia Colasa su marido.

Sacóla en efecto y la entregó á Manolo, quien después de haberse echado un buen trago al colete, dijo con formalidad:

— Señores, dejando ahora las chanzas á un lado, declaro aquí como si estuviera delante del confesor en mi última hora, que solo siento ser pobre cuando acabo de beber un buen trago. Si yo fuese de esos ministros que roban, no tendria coches, ni caballos, ni cocheros, ni gastaria en bailes, ni en relojes, ni en espejos, ni en cornucopias; nada de eso. En vez de palacios tendria grandes bodegas sin otros muebles que barriles y toneles de todos los vinos mas esquisitos del mundo.

— ¿Y crees tú que te harian buen provecho?—preguntó la del guiño.

— ¿Por qué no?

— Porque lo que se disfruta con el dinero robado tarde ó temprano ha de hacer mal estógamo.

Entablada otra vez la conversacion sobre la conducta de los gobernantes, se dijeron verdades estupendas, que por sabidas no queremos reproducir; pero que probaban á la sazón que hasta la clase mas ínfima del pueblo, conocia el origen de los males de la patria y el remedio que reclamaban con urgencia.

Todos, hombres y mujeres, censuraban la inmoralidad que reinaba en las altas regiones, y las miserables lavanderas, esas pobres mujeres cubiertas de andrajos, hablaban con desprecio de la duquesa de Riánsares.

Y no se diga que el calor con que afeaban la conducta de tan alta señora fuese hijo de la envidia, porque es un absurdo evidente en demasía pretender que una mujer avezada á la indigencia, pueda envidiar una posicion social que tan lejos se halla de sus aspiraciones. Las pobres gentes que habian aceptado el obsequio del generoso Godínez, terminaron alegremente su comida bendiciendo mil veces á su protector, particularmente los hombres á quienes proporcionaba el trabajo que ellos buscaban con ansiedad; y si maldecian de los gobernantes, era precisamente porque la inmoralidad palaciega les escandalizaba, al paso que la virtud, solo la virtud les daba aliento para vivir tranquilos en medio de las mas horribles privaciones.

¿Quereis mas pruebas de virtud, que ver á esas infelices mujeres correr por millares bajo un sol abrasador en verano, y pisando nieves en el rigor del invierno..... y pasar el dia en la humedad.... con los piés mojados.... ligeras de abrigos.... las manos y brazos siempre en el agua..... y repetir estos afanes todos los dias del año para ganar su escaso alimento?

Y es de advertir que hay centenares de jóvenes lindísimas que ejercen este penoso oficio... ¡y en Madrid!

¿No se sabe lo fácil que es en Madrid á toda joven de buen parecer proporcionarse comodidades cuando se prescinde del honor?

Pues bien, por conservar su honor ileso arrostran las jóvenes de quienes hablamos penalidades sin cuento y penalidades tan amargas que parece imposible pueda resistirlas la naturaleza humana.

¿Y no es esto una virtud que raya en heroísmo?

¿Y no ofrece esta virtud un contraste que asombra comparada con la conducta de los que en medio de todo jaez de comodidades, dueños de inmensas riquezas, se abandonan á los mas degradantes vicios y ejercen el hurto como la única profesion á que les inclina el siempre creciente anhelo de adquirir?

No se crea que al hablar de este modo tratemos de escitar el odio entre pobres y ricos.

Hemos consagrado otro libro, *La Bruja de Madrid*, á reconciliar estas dos clases de la sociedad igualmente respetables para nosotros.

Tampoco es nuestro ánimo apadrinar los excesos que puedan cometer las clases desvalidas.

Ya lo hemos dicho otra vez: enemigos, nosotros, irreconciliables del fanatismo, no por eso debe creérsenos abogados de la incredulidad. Apóstoles del buen sentido, jamás predicaremos el crimen y la impostura, y al tomar la defensa del artesano y del pobre contra los magnates que le roban el fruto de sus sudores y le oprimen, haremos resonar con toda la energía de que somos capaces, las verdades sublimes que nuestra conciencia nos inspira en favor del pueblo; pero nunca introduciremos en sus talleres las máximas disolventes de los serviles instrumentos de la reaccion que cobijan su deformidad con la máscara de una escuela basada en la mentira.